

## **LA HISTORIA CONTRAFACTUAL: UN VIAJE HACIA UN TIEMPO IMAGINARIO**

**Sergio Flores Farías**  
Universidad de Playa Ancha  
e-mail: nothisgo@upa.cl

### **RESUMEN**

Con fascinación de los historiadores por concretar los escenarios alternativos que pudieren explicar el pasado de manera diferente a la realidad, la historia contrafactual por el principio de incertidumbre enriquece la comprensión del pasado histórico.

Para fundamentar esta realidad virtual se recurre a varias posibilidades de interpretación que han influido sustancialmente en los destinos humanos.

### **ABSTRACT**

Historians are fascinated with alternative scenarios that could reality explain. Contrafactual history introduces the principal of uncertainty and there this enriches our understanding of the historical past.

In order to establish this virtual reality we make use of various possible interpretations, which have had a great influence on human destiny.

**PALABRAS CLAVES:** Historia Virtual, Contrafactual, Determinismo Histórico, Principio de Incertidumbre, Historia Alternativa.

**KEY WORDS:** Virtual History, Contrafactual, Historical Determinism, Uncertainty Principle, Alternative History.

Digamos que la historia virtual o contrafactual es, ante todo, un rechazo a la idea de la inevitabilidad histórica, esto es, contra el determinismo en historia. Pide, por lo tanto, que la explicación incorpore a su lógica el principio de incertidumbre, la idea de que en historia tienen cabida los escenarios alternativos para comprender el pasado. En ese sentido, la historia no es sino múltiples posibilidades, y que las cosas pudieron ser de otra manera a la que fueron, porque en la realidad humana siempre está presente lo contingente y lo imprevisible. En el fondo de todo subyace la idea de que el hombre complejo y contradictorio es la clave de la historia.

Johan Huizinga afirmaba que el historiador, para ser tal, debía situarse en un punto del pasado en el que los factores conocidos por el investigador parezcan permitir resultados diversos; por ejemplo, si escribe sobre Salamina tiene que hacerlo como si fuera aún posible una victoria persa, o si Waterloo hubiere sido una victoria de Napoleón.

Muchas son las preguntas hipotéticas o contrafactuales que el especialista en el estudio del pasado puede hacerse. Si no hubiere habido un Dunkerque que permitió a Inglaterra recuperar cerca de 350 mil hombres ¿La isla habría sido invadida por los ejércitos alemanes? ¿Qué hubiere sido de Europa si Alemania derrota a la entonces Unión Soviética? Y si Allende no hubiere sido derrotado ¿habría existido un Chile distinto al de hoy?

Podemos, legítimamente, preocuparnos de lo que no ocurrió. El pasado ya pasó, tuvo su existencia real, por lo tanto, no cabe preguntarse cómo podría haberse evitado lo que es de lamentar.

Es lícito para el historiador imaginar escenarios alternativos acerca de los sucesos, comparando los resultados de lo que efectivamente el hombre realizó en el pasado, con resultados de lo que se pudo haber hecho. Parece ser posible si pensamos en que las decisiones sobre el planeamiento del futuro está basado en una ponderación de las potenciales consecuencias de diversas situaciones de acción; tanto el pasado como el presente de cada época fueron, en su momento, futuro, y sugirieron un abanico de posibles realizaciones.

Edward Carr y E. Thompsen, destacados historiadores ingleses, consideraban la historia virtual o contrafactual como un simple juego de salón, una forma de despistar la realidad concreta de lo ya sucedido. Ver las cosas como podrían haber pasado es volver a poner en el escenario la nariz de Cleopatra. Por lo tanto, las preguntas que comienzan con un: **¿y si?**, simplemente no tienen respuesta.

Ella sería caer fuera de la corriente del pensamiento histórico, porque ella estudia o se interesa exclusivamente por lo que las evidencias manifestadas en los hechos nos obligan a concluir que sucedió en efecto.

Las tres escuelas más conocidas, sin ser absolutamente deterministas, rechazan la historia factual:

El historiador religioso acepta la intervención divina como causa única del acontecer, y, por lo tanto, lo que sucedió en el pasado necesariamente tenía que producirse; los historiadores que consideran la realidad sujeta a leyes universales al igual que las ciencias físico-matemáticas o naturales; y los idealistas, para quienes la historia es la transformación del pensamiento pasado en una estructura inteligible. Para ellos, la necesidad histórica ha de ser afirmada continuamente con el fin de excluir el condicional de la historia, porque es antihistórico e ilógico.

En consecuencia, imaginar cursos alternativos de los acontecimientos, algo como una historia paralela a lo realmente acontecido, es puro mito, como extravagancia de la imaginación.

- Opiniones tan contrarias al quehacer habitual del historiador se deben al hecho que los interrogantes contrafactuales no han provenido del campo de los especialistas, sino preferentemente de literatos que han sido seducidos por la ficción y la fantasía.

- Los historiadores que con seriedad han considerado los contrafactuales, han huido de las inferencias reductivas, es decir, que un acontecimiento trivial es el desencadenante de grandes procesos; al contrario, trabajan preferentemente sobre opciones y datos que en su momento se produjeron, y no sobre deseos frustrados o el alineamiento causal de acontecimientos en el tiempo. Bertrand Russel en el año 1934, en **Freedom and Organization**, criticaba este tipo de virtualismo histórico:

*"Cabría sostener de manera plausible que si Enrique VIII no se hubiera enamorado de Ana Bolena, los Estados Unidos no existirían en la actualidad. Porque debido a este hecho Inglaterra rompió con el Papado, y por consiguiente no reconoció la concesión papal de las Américas a España y Portugal. Si Inglaterra hubiera seguido siendo católica es probable que lo que son hoy los Estados Unidos formarían parte de la América Hispana".*

Sin embargo, la utilización del paradigma contrafactual, por los representantes de la llamada Nueva Historia Económica, ha constituido un hito importante para considerar este uso del virtualismo histórico con rigor y acercarlo a un trabajo científico y, al mismo tiempo, fascinante.

Es el caso del trabajo de R.W. Fogel, sobre la contribución del ferrocarril al crecimiento económico de Estados Unidos. Para tal efecto, construyó un modelo de desarrollo económico del país del norte sin los ferrocarriles, para rebatir la teoría tradicional de que habían sido indispensables en el proceso de industrialización norteamericana. Según la tesis de Fogel, si no se hubiere construido el ferrocarril, el Producto Nacional

Bruto habría sido levemente inferior al estimado en el año 1890, aunque el área de terrenos cultivables también hubiere decrecido sustancialmente.

Existen, sin embargo, serias objeciones a los argumentos planteados por Fogel. La más contundente es que la base de estadísticas es débil e incompleta; otra de las objeciones serias a sus hipótesis es que los escenarios contrafactuales carecen de consistencia histórica, no porque sean reductivos o poco serios, sino porque son anacrónicos. Los debates suscitados en la época no giraron en torno a si construirlos, sino dónde construirlos.

El autor se defiende afirmando que el propósito de calcular el ahorro social permitido por el ferrocarril no equivale, de ninguna manera, a crear una historia alternativa, sino a someter a prueba una hipótesis sobre el aporte de los ferrocarriles al crecimiento económico norteamericano. No se trata de imaginar a ese país en el siglo XIX sin la existencia del ferrocarril.

La principal finalidad de este contrafactual es demostrar, precisamente, por qué fueron construidos, al cuantificar su considerable contribución a la economía en general.

Esto nos lleva a considerar la existencia de dos tipos distintos de contrafactuales utilizados por los historiadores: los que son producto de la imaginación y que carecen de base empírica, y aquellos ideados para poner a prueba hipótesis con medios empíricos, prescindiendo de la imaginación a favor de la estadística.

Es indudable que revisten mayor rigurosidad los últimos, porque estaríamos próximos a las tareas del investigador. Todo contrafactual planteado debe, necesariamente, fundarse en una documentación comprobada y atingente.

Esta confusión es la que ha impedido a la mayoría de los historiadores a tener sus reservas en el uso de los modelos contrafactuales, ya sea porque plantean preguntas sin el rigor pertinente o porque las respuestas carecen de sustentación documentada y metodológica.

Se debe tener presente una idea fundamental para entender los posibles escenarios del quehacer histórico: la impresión de los hombres de que la historia es algo que les ocurre y no algo que ellos están haciendo en la cotidianidad.

Lo contrario es caer en un determinismo histórico que, aunque no sea riguroso, suele darle a la disciplina histórica una sola alternativa respecto de la comprensión de los fenómenos humanos. En el siglo XIX, Leopoldo Von Ranke rechazó una concepción de la historia determinista, aunque estaba convencido de que sólo con métodos científicos, que obligaran a una investigación exhaustiva en los archivos, podía concluirse en un cierto conocimiento de lo universal en la historia. De ahí su compromiso de escribir

la historia tal cual ella fue según los hechos. Esta idea que guió todos sus trabajos, excluía implícitamente cualquier reflexión seria sobre cómo podría haber sido la historia del pasado; por lo tanto, todo tratamiento contrafactual.

Cuando el historiador plantea la pregunta problema de su investigación, necesariamente debe considerar escenarios alternativos que respondan a una lógica desprendida de los acontecimientos. Cuando el investigador, en su intento de establecer qué ocurrió y por qué, rechaza las infinitas posibilidades lógicamente pensables, las que en su mayoría son evidentemente absurdas, sólo se preocupa de aquellas posibilidades que tienen una relación directa con el acontecer histórico.

En este sentido, juzgar la probabilidad de un acontecimiento equivale a entender que realmente ocurriera. Es muy importante, para comprender la historia contrafactual, considerar que cuando el historiador se pregunta sobre la probabilidad de un acontecimiento pasado, en realidad intenta trasladarse mediante un acto de imaginación a un tiempo anterior al acontecimiento mismo, con el objeto de apreciar o sopesar sus posibilidades, según se presentaban antes de que se produjera.

Si sustituimos el azar por el cálculo de probabilidades, resolvemos el problema de elegir entre un solo pasado determinista y el número incalculable de pasados posibles. De lo cual desprendemos que los escenarios contrafactuales, que por consiguiente debemos construir, no son una simple fantasía o juegos imaginativos, son simulaciones basadas en cálculos sobre la probabilidad de resultados posibles de entre los hechos históricos.

Ante esto hay que responder a un interrogante ¿Cómo podemos distinguir exactamente alternativas probables no realizadas, de las improbables? La objeción que más frecuentemente se ha hecho a los planteamientos contrafactuales es que dependen de hechos que evidentemente jamás existieron, y, por lo tanto, se carece del conocimiento necesario para responder a interrogantes contrafactuales. Si fuere así, una metodología *ad-hoc* se haría innecesaria. La respuesta parece ser también simple: debemos considerar como probables sólo aquellas alternativas que podemos demostrar sobre la base de evidencias contemporáneas; aquellas que quienes las vivieron consideraron que eran importantes en sus vidas, o en el despliegue de su futuro.

En esta línea, la gran mayoría de las personas del pasado o aquellas que pudieron estudiarlo, han considerado más de un futuro posible. Y pese a que uno solo de esos posibles futuros se cumplió, en el momento anterior a ese cumplimiento, no tenía más realidad que los demás. Ahora bien, si toda la historia es la historia del pensamiento registrado, sin duda que deberemos asignarle la misma importancia a todos los posibles futuros del pasado. El

historiador no debe ni puede ignorar las restantes alternativas que la gente que vivió su época consideró plausibles; si así lo hiciera, no puede pretender llegar a entender el pasado.

Para comprender realmente el pasado como fue, tenemos que entender cómo no fue, pero cómo podría haber sido a los ojos de los contemporáneos. Esta idea reduce considerablemente el ámbito de análisis contrafactual: sólo podemos considerar legítimamente aquellos escenarios posibles que los coetáneos no sólo contemplaron, sino que también registraron y dejaron en los documentos, y que se han conservado, y que los historiadores han considerado como fuentes importantes en sus investigaciones.

De esta manera, se legitima el análisis contrafactual. Primero, es una necesidad lógica el plantear preguntas del estilo *sine qua non* e intentar imaginar lo que habría ocurrido si la presunta causa no hubiere existido. Por eso estaríamos obligados a construir pasados plausibles alternativos fundados en juicios de probabilidades. Segundo, trabajar históricamente, de esta manera, es necesario si queremos entender cómo se nos presentó el pasado; pues debemos conceder igual importancia a todas las posibilidades que los que vivieron la época sopesaron antes de producirse el hecho o los acontecimientos históricos.

Cuando se consideran las posibles alternativas, surge una serie de problemáticas. En primer lugar, lo que ocurrió no fue, casi en la mayoría de las veces, lo que la mayoría de los contemporáneos creyó probable. En segundo lugar, es posible entender cuándo son históricamente importantes las teorías contrafactuales para comprender la realidad de los hechos en su época.

Los historiadores estudiosos del pasado debieran tener una doble incertidumbre debido a que los artefactos (artifacts), que son evidencia de ese pasado, se han conservado muchas veces sólo por azar. Los hechos que los investigadores infieren de esos testimonios fueron, en su origen, caóticos; es decir, el azar hizo que llegaran a nosotros discontinuos e incompletos. Por lo tanto, lo que más puede hacer el historiador es formular afirmaciones tentativas sobre causación con referencia a contrafactuales plausibles, afirmados en juicios de probabilidad.

Tomaremos como modelo de un paradigma contrafactual el clásico **La Inglaterra de Hitler, ¿Qué hubiera ocurrido si Alemania hubiere invadido Gran Bretaña en Mayo de 1940?**, de Andrew Roberts y Nial Ferguson.

Después de Dunkerque, Inglaterra pareció haber quedado a merced de las decisiones de Hitler para una posible invasión, doblegar la isla y quedar como amo absoluto de Europa. Visto desde Inglaterra, el enemigo

estaba a sólo 25 millas de sus costas; la Real Fuerza Aérea parecía insuficiente para combatir a la Luftwaffe, lo que significaba que las ciudades quedaban indefensas; además, el ejército se componía sólo de algunos batallones, y el dominio del mar, históricamente tradición inglesa, estaba a punto de perderse. Aquí comienza el contrafactual que pone en la balanza las alternativas posibles para que ello sucediera. En verdad, la más factible de esas posibilidades no se produjo ¿Por qué?

Veamos el escenario contrafactual: *"Las botas militares caminaban a paso de ganso por las calles de Londres: una columna de soldados de la Wehrmacht marchaba por el Mall hacia el palacio de Buckingham"* ¿Fue tan cercana la posibilidad de producirse una ocupación e invasión alemana a Inglaterra?

La pregunta **¿qué hubiere sucedido si?**, ha sido planteada muchas veces en relación a los acontecimientos que condujeron al estallido de la II Guerra Mundial, en particular si podría haber hecho más para impedir la ascensión de Hitler al poder. Este ha de ser el fundamento tradicional de los argumentos contrafactuales sobre: ¿Qué habría sucedido si Gran Bretaña y Francia se hubieren opuesto antes al Tercer Reich? Winston Churchill había planteado que si ambas naciones hubieran afrontado con audacia y a su debido tiempo los riesgos de guerra y hubieren hablado en serio y sin rodeos, qué diferentes hubieran sido nuestras perspectivas hoy día. Para el estadista inglés la guerra había sido innecesaria. *"Sostenía que si los aliados se hubieran opuesto firmemente a Hitler en los primeros tiempos, los elementos sensatos de la vida alemana, sobre todo el Alto Mando, habrían tenido la oportunidad de salvar a Alemania de las garras del sistema"*.

La situación interna de Inglaterra después de la I Guerra Mundial era muy precaria. Económicamente arrastraba la enorme deuda que le había costado el conflicto. Las crisis de Wall Street produjo una desocupación muy elevada. Por esas razones el presupuesto de defensa hubo de reducirse drásticamente por debajo del 5% de la renta anual, lo que implicaba el debilitamiento de la seguridad británica. Puede decirse que había una actitud anti-guerra en todos los sectores de la política inglesa. La inseguridad se manifestaba en la creencia de que los bombarderos enemigos estarían en menos de 20 minutos encima de las más importantes ciudades. Esta actitud pacifista la encabezaba Neville Chamberlain, en el sentido de que Alemania había sido excesivamente castigada con el Tratado de Versalles de 1919.

Una demostración de este temor a la guerra es la decisión de la Conferencia de Munich de obligar a los checos a renunciar a los sudetes. Como consecuencia, el 15 de mayo de 1939, invadió los territorios de Checoslovaquia.

En el caso polaco, casi en una situación forzada Inglaterra se obligó a la Garantía Polaca, y de alguna manera se comprometió en la guerra.

El contrafactual de la coexistencia pacífica. Durante los años 30 Hitler manifestó reiteradamente su deseo de llegar a un pacto con Gran Bretaña. Una coalición anglo-germana, afirmaba en esa época, sería más fuerte que todas las demás potencias. Dentro de la isla había un alto número de personas influyentes que pensaban lo mismo; conocida era la Unión Británica de Fascistas y otros germanófilos menos radicales; en la misma aristocracia inglesa se detectaban simpatías hacia Alemania. Eduardo VIII era un admirador de Hitler, y su padre, Jorge V, debió reprenderlo por un discurso teñidamente pro-germano pronunciado en 1935. ¿Qué hubiera sucedido si Eduardo no hubiere sido convencido de abdicar el trono?

Todavía en el año 1940, en Alemania hablaban de una paz razonable con Inglaterra; a juicio de Hitler, derribar al Imperio Británico no le reportaría ningún beneficio, al contrario, serían América y Japón los favorecidos.

Se precisa que todavía en la primavera de 1941, ganada la batalla de Inglaterra y con Italia derrotada en África, Hitler hubiese querido asegurar el flanco occidental antes de volverse contra Rusia. De haber logrado un acuerdo con Gran Bretaña, pudo evitarse el problema Mediterráneo y haber desplegado su ejército y fuerza aérea contra Rusia. Tal como ocurrió, el ejército tomó Stalingrado, puso sitio a Leningrado y llegó hasta las estaciones del Metro, en los suburbios de Moscú. ¿Qué curso habría tomado la II Guerra Mundial si hubiere existido un acuerdo en 1941 con Gran Bretaña? Lo más probable, una victoria en la Rusia europea.

Se ha planteado un contrafactual naval muy interesante: si al comienzo de la guerra, Alemania hubiere desplegado la fuerza de 300 submarinos que Dönitz aconsejó a Hitler como necesarios para ganar la batalla del Atlántico, Inglaterra se habría retirado antes que Estados Unidos entrara a la guerra. Recuérdese que el hundimiento de barcos aliados llegó a ser, en un momento, del orden de las 800 mil toneladas mensuales, imposibilitando todo pertrecho hacia y desde las islas británicas, especialmente alimentos, petróleo y caucho, materias primas indispensables para la industria bélica.

Sin duda, la peor situación hipotética posible para la caída de Gran Bretaña se presentó el viernes 24 de mayo de 1940, cuando la 1ª División de Tanques del general Guderian se encontró a 10 millas de los 400 mil soldados aliados, agotados e inmovilizados en las playas de Flandes. Repentinamente llegó la orden de detenerse, permitiendo que 338 mil hombres pudieran ser evacuados a Inglaterra. Era un momento clave para preparar la invasión de las islas. No está fuera del contexto histórico el éxito de una invasión, considerando lo debilitado de las defensas inglesas. Todo

parece indicar que la mente de Hitler estaba más preocupada de la operación hacia el este, considerando que Inglaterra ya no representaba un peligro.

Que había en los altos mandos del ejército interés por invadir Gran Bretaña, es indiscutible: el mariscal de campo Von Brauchitsch, comandante del ejército y destinado a gobernador de Gran Bretaña, firmó las órdenes relativas a la organización y función del gobierno militar en Inglaterra el 9 de septiembre de 1940. Tras la rendición británica, la población masculina sana, entre los 19 y 45 años, sería recluida y enviada al continente sin demora, a no ser de que la situación local exigiera una sentencia excepcional. La finalidad de esta orden era disponer de una excelente mano de obra en Alemania. Pensemos también en el destino de los cerca de 430 mil judíos británicos. En agosto de 1940, Goering ordenó a Heydrich iniciar, después de comenzada la invasión, el combate de todas las sociedades y organizaciones inglesas, incluidos sindicatos, logias masónicas, colegios privados y la Iglesia.

El contrafactual que se pudo comprobar con documentos oficiales de organismos alemanes tales como las SS y la Gestapo es: ¿Qué habría pasado con la ocupación de Inglaterra si Adolfo Hitler no hubiese cambiado bruscamente su destino hacia el este?

Esta historia virtual, para tener rigor y no ser un simple juego de alternativas posibles, es necesario que se fundamente en fuentes fidedignas, a partir de las cuales se deberá estructurar el contrafactual. De todas maneras, no se puede negar que estimula la imaginación y nos aleja del determinismo histórico.